

Voces relacionadas: Casciaro Ramírez, Pedro; Catequesis, Labor y viajes de; Ortiz de Landázuri, Guadalupe; Santuarios y lugares marianos; Peregrinaciones de san Josemaría a.

Bibliografía: Víctor CANO, “Los primeros pasos del Opus Dei en México (1948-1949)”, *SetD*, 1 (2007), pp. 41-64; Pedro CASCIARO, *Soñad y os quedaréis cortos. Testimonio sobre el Fundador, de uno de los miembros más antiguos del Opus Dei*, Madrid, Rialp, 2001; Mercedes EGUIBAR GALARZA, *Guadalupe Ortiz de Landázuri. Trabajo, amistad y buen humor*, Madrid, Palabra, 2001; Lucina MORENO-VALLE - Mónica MEZA, “Montefalco, 1950: una iniciativa pionera para la promoción de la mujer en el ámbito rural mexicano”, *SetD*, 2 (2008), pp. 205-230; Margarita MURILLO GUERRERO, *Una nueva partitura. México-Roma 1947-1955*, Madrid, Rialp, 2001.

Concepción BARREIRO GÜEMES

MÍSTICA

1. Mística y vida cristiana. 2. La mística en la vida y enseñanza de san Josemaría.

La palabra *mística* tiene la misma raíz que *misterio*, y se ha utilizado desde muy antiguo, en la tradición espiritual y teológica, para designar los misterios de Dios, pero en cuanto “vivididos” o “experimentados” por el alma cristiana, en la que la misma Santísima Trinidad inhabita. La palabra *mística* designa, por tanto, una realidad vital llena de riqueza, grandeza y profundidad, pero al mismo tiempo oscura, secreta y escondida; algo profundamente íntimo y sobrenatural, que participa de las maravillas de Dios, pero que resulta inabarcable, incomprensible e inefable.

Con las expresiones *mística*, *vida mística*, *experiencia mística*, se intenta designar, en consecuencia, los aspectos y elementos de la vida espiritual cristiana que hacen más directa referencia a la participación en la vida divina, a la habitación de Dios en el alma, a la transformación en Cristo; en suma, a los rasgos y experien-

cias más íntimos, más profundos, más elevados de la relación de amor entre el cristiano y Dios que constituye la esencia de la vida espiritual (cfr. SESÉ, 2006, pp. 671-677). De acuerdo con esta concepción, está claro que toda vida santa incluye una fuerte componente mística, y que, en particular, se puede calificar a san Josemaría Escrivá de Balaguer como un hombre profundamente místico.

1. Mística y vida cristiana

No siempre, a lo largo de la historia de la Iglesia, ha estado claro el lugar que puede atribuirse a la mística en el conjunto de la vida cristiana. Y esto en parte por la particular dificultad de comprensión de la mística, y en parte por los influjos más o menos intensos de determinadas concepciones de la vida espiritual en cada época, o por la diversa sensibilidad según las circunstancias históricas del pueblo cristiano, de los pastores y de los teólogos, ante las cuestiones místicas.

No es el lugar para presentar, ni siquiera someramente, una historia de la mística cristiana, pero sí de recordar, en concreto, que durante los primeros decenios del siglo XX –es decir, durante los años de formación de san Josemaría, del inicio de su ministerio sacerdotal, y de la fundación y primer desarrollo del Opus Dei–, tuvo lugar una intensa polémica teológico-espiritual, conocida como la “cuestión mística”. En ella, un buen número de teólogos y maestros de la vida espiritual, de gran prestigio personal e intelectual, debatieron sobre si la mística es una realidad abierta a todos los cristianos o un don concedido por Dios tan sólo a algunos privilegiados, profundizando para ello en el estudio del concepto de mística como tal (y otros afines, como *contemplación*), en su historia, y en la enseñanza de los grandes maestros clásicos (cfr. BELDA - SESÉ, 1998). San Josemaría no participó en esa polémica, pero es razonable pensar que tuvo un buen conocimiento de ella, y algunas de sus afirmaciones y

enseñanzas, a las que luego se hará referencia, hay que leerlas teniendo presente ese conocimiento.

De hecho, la “cuestión mística” ayudó mucho al desarrollo de la teología espiritual en general, y a aclarar, en particular, la hondura que puede alcanzar la vida cristiana de una persona santa. Con el desarrollo de la doctrina sobre la llamada universal a la santidad, culminada en el Concilio Vaticano II, y de la que san Josemaría es pionero, las principales conclusiones de esa polémica teológica encuentran hoy su marco apropiado y una importante clarificación, aunque el tema siga sujeto a ulteriores profundizaciones teológicas.

El número 2014 del *Catecismo de la Iglesia Católica* resulta particularmente luminoso y sintético a la hora de explicar las ideas actualmente adquiridas sobre la dimensión mística de la experiencia cristiana: “El progreso espiritual tiende a la unión cada vez más íntima con Cristo. Esta unión se llama «mística», porque participa del misterio de Cristo mediante los sacramentos —«los santos misterios»— y, en Él, del misterio de la Santísima Trinidad. Dios nos llama a todos a esta unión íntima con Él, aunque las gracias especiales o los signos extraordinarios de esta vida mística sean concedidos solamente a algunos para manifestar así el don gratuito hecho a todos”.

En la misma línea, pero perfilando más algunos aspectos, la Cart. *Orationis formas*, de la Congregación para la Doctrina de la Fe, en su número 25, indica: “A propósito de la mística, se debe distinguir entre los dones del Espíritu Santo y los carismas concedidos en modo totalmente libre por Dios. Los primeros son algo que todo cristiano puede reavivar en sí mismo a través de una vida solícita de fe, de esperanza y de caridad y, de esa manera, llegar a una cierta experiencia de Dios y de los contenidos de la fe, por medio de una seria ascesis. En cuanto a los carismas, S. Pablo dice que existen sobre todo en favor de la Iglesia, de los otros miembros del Cuer-

po místico de Cristo (cfr. 1 Co 12, 7). Al respecto hay que recordar, por una parte, que los carismas no se pueden identificar con los dones extraordinarios —«místicos»— (cfr. Rm 12, 3-21), por otra, que la distinción entre «dones del Espíritu Santo» y «carismas» no es tan estricta. Un carisma fecundo para la Iglesia no puede ejercitarse, en el ámbito neotestamentario, sin un determinado grado de perfección personal; por otra parte, todo cristiano «vivo» posee una tarea peculiar —y en este sentido un «carisma»— «para la edificación del Cuerpo de Cristo» (cfr. Ef 4, 15-16), en comunión con la Jerarquía, a la cual «compete ante todo no sofocar el Espíritu, sino probarlo todo y retener lo que es bueno» (LG, 12)”.

Parece pues que se pueden distinguir tres tipos de dones místicos: la mística “ordinaria”, alcanzable por todos, como fruto de las virtudes y los dones del Espíritu Santo, y que entra en el orden de la santificación personal; la mística “especial” o “peculiar”, fruto de carismas concretos concedidos por Dios a determinados cristianos, de acuerdo con su vocación particular en la Iglesia, y que se conceden precisamente en servicio de la misma Iglesia y de las almas, no en beneficio propio, aunque se apoyen en la santidad personal; y la mística “extraordinaria”, con dones que suelen romper las leyes de la naturaleza, y que Dios concede a personas muy concretas como signo claro y llamativo de la grandeza de la santidad cristiana a la que todos estamos llamados, o de alguno de sus aspectos más importantes.

2. La mística en la vida y enseñanza de san Josemaría

Es un dato ampliamente demostrado que san Josemaría Escrivá recibió personalmente algunos dones místicos extraordinarios: particularmente un buen número de locuciones divinas, “sin ruido de palabras” (según él mismo solía decir), pero con un claro origen sobrenatural, y de gran intensidad, con luces nuevas para su

mente, y fuertes impulsos para su corazón y su labor apostólica. Sobre esos dones, resulta significativo destacar que además de ser muy íntimos y personales, y muy relacionados con la evolución espiritual de su alma, tuvieron siempre un fuerte significado teológico-espiritual en relación con el espíritu y la realidad viva del Opus Dei y con el mensaje que san Josemaría estaba llamado a transmitir.

San Josemaría insistió mucho en lo ordinario de la vida de los miembros del Opus Dei y, en general, de todos los cristianos corrientes, a los que se dirigía en primer lugar. Por eso, apenas hablaba de esos fenómenos extraordinarios, y la mayoría no han sido conocidos hasta después de su muerte; pero contemplados y analizados en este momento, aparecen claramente como signos “extraordinarios” de realidades espirituales “ordinarias”, signos concedidos al fundador del Opus Dei para que se grabaran hondamente en su alma y pudiera así transmitir con fuerza y con plena claridad aspectos de la experiencia cristiana que pueden ser ofrecidos y enseñados al común de los cristianos. Baste recordar dos ejemplos significativos: la locución “*Abba, Pater!*”, y su relación con la centralidad de la filiación divina en la espiritualidad del Opus Dei y en la vida cristiana en general (cfr. AVP, I, pp. 388-392); y la locución “*et ego si exaltatus fuero a terra, omnia traham ad me ipsum*” (cuando sea exaltado sobre la tierra, atraeré todas las cosas hacia mí), para indicar que los cristianos han de llevar a Cristo, con sus vidas, a todas las actividades humanas (cfr. *ibidem*, pp. 380-382).

No obstante, es un hecho que san Josemaría recibió también algunos dones místicos personales, particularmente intensos, profundos y abarcantes. Algunos estuvieron relacionados con la decisión y la firmeza necesarios para superar las dificultades con que debía enfrentarse para su misión como fundador del Opus Dei. Otros se refieren a su labor como maes-

tro de vida cristiana que debía contribuir a que se proclamara con nitidez la llamada universal a la santidad, el valor divino del trabajo, etc. Correspondió al Señor colocando a su servicio los dones naturales y sobrenaturales recibidos, procurando servir a la Iglesia y a las almas.

Hay que señalar finalmente que, san Josemaría fue un “gran místico de la mística ordinaria”, valga la expresión un tanto forzada, pero necesaria, nos parece, para intentar sintetizar su principal aportación doctrinal en este terreno. En efecto, lo que la citada “cuestión mística” trataba desde un punto de vista preferentemente teórico, san Josemaría Escrivá de Balaguer, por los mismos años, lo estaba viviendo personalmente y enseñándolo a multitud de fieles, desde un punto de vista práctico, aunque no exento de gran hondura teológica: la mística abierta a todos, sin dejar de ser verdadera mística.

Limitémonos a recordar dos textos clave. El primero pertenece a la homilía *Hacia la santidad*, que tiene carácter autobiográfico y presenta, por lo demás, paralelismos con otras descripciones “progresivas”, clásicas del desarrollo de la vida espiritual; por ejemplo, con las *Moradas* de Santa Teresa de Jesús. Después de ir mostrando el itinerario hacia la santidad como una “senda de oración”, san Josemaría se detiene particularmente en la oración contemplativa propia de un cristiano que vive en medio del mundo, y afirma en un pasaje amplio, pero que compensa citar casi por entero: “El corazón necesita, entonces, distinguir y adorar a cada una de las Personas divinas. De algún modo, es un descubrimiento, el que realiza el alma en la vida sobrenatural, como los de una criatura que va abriendo los ojos a la existencia. Y se entretiene amorosamente con el Padre y con el Hijo y con el Espíritu Santo; y se somete fácilmente a la actividad del Paráclito vivificador, que se nos entrega sin merecerlo: ¡los dones y las virtudes sobrenaturales!” (AD, 306).

La descripción que ofrece san Josemaría se sitúa, a nuestro juicio, en la línea de la “mística ordinaria”, de que antes se hablaba, como confirman los párrafos que siguen: “Hemos corrido *como el ciervo, que ansía las fuentes de las aguas* (Sal 41 [Vg 40], 2); con sed, rota la boca, con sequedad. Queremos beber en ese manantial de agua viva. Sin rarezas, a lo largo del día nos movemos en ese abundante y claro venero de frescas linfas que saltan hasta la vida eterna (cfr. Jn 4, 14). Sobran las palabras, porque la lengua no logra expresarse; ya el entendimiento se aquieta. No se discurre, ¡se mira! Y el alma rompe otra vez a cantar con cantar nuevo, porque se siente y se sabe también mirada amorosamente por Dios, a todas horas. No me refiero a situaciones extraordinarias. Son, pueden muy bien ser, fenómenos ordinarios de nuestra alma: una locura de amor que, sin espectáculo, sin extravagancias, nos enseña a sufrir y a vivir, porque Dios nos concede la Sabiduría. ¡Qué serenidad, qué paz entonces, metidos en *la senda estrecha que conduce a la vida!* (Mt 7, 14)” (AD, 307). Y añade: “¿Ascética? ¿Mística? No me preocupa. Sea lo que fuere, ascética o mística, ¿qué importa?: es merced de Dios. Si tú procuras meditar, el Señor no te negará su asistencia. Fe y hechos de fe: hechos, porque el Señor –lo has comprobado desde el principio, y te lo subrayé a su tiempo– es cada día más exigente. Eso es ya contemplación y es unión; ésta ha de ser la vida de muchos cristianos, cada uno yendo adelante por su propia vía espiritual –son infinitas–, en medio de los afanes del mundo, aunque ni siquiera hayan caído en la cuenta. Una oración y una conducta que no nos apartan de nuestras actividades ordinarias, que en medio de ese afán noblemente terreno nos conducen al Señor. Al elevar todo ese quehacer a Dios, la criatura diviniza el mundo” (AD, 308).

En el último párrafo recién citado el autor evita, claramente, entrar en polémicas teológicas o acudir a nomenclaturas técnicas. El momento álgido de esas polémicas

ha pasado. En todo caso, podemos comentar que san Josemaría, aunque evita incidir en precisiones que podrían suscitar debate, está hablando de mística en sentido propio. Expresiones como “es merced de Dios”, es “contemplación y unión”, “sobran las palabras”, “el entendimiento se aquieta”, “no se discurre, ¡se mira!”, son muy significativas. Más aún, está expresando de forma viva la estrecha relación que existe entre ascética y mística, inseparables en toda auténtica vida espiritual cristiana: “si tú procuras meditar, el Señor no te negará su asistencia”.

Esa relación está también expresada, a mi juicio, en el segundo texto que deseo citar, el punto 39 de *Forja*, también lleno de profundas resonancias de la mística clásica (el águila, el vuelo, el sol, etc.): “Me veo como un pobre pajarillo que, acostumbrado a volar solamente de árbol a árbol o, a lo más, hasta el balcón de un tercer piso..., un día, en su vida, tuvo bríos para llegar hasta el tejado de cierta casa modesta, que no era precisamente un rascacielos... Mas he aquí que a nuestro pájaro lo arrebató un águila –lo tomó equivocadamente por una cría de su raza– y, entre sus garras poderosas, el pajarillo sube, sube muy alto, por encima de las montañas de la tierra y de los picos de nieve, por encima de las nubes blancas y azules y rosas, más arriba aun, hasta mirar de frente al sol... Y entonces el águila, soltando al pajarillo, le dice: anda, ¡vuela!... –¡Señor, que no vuelva a volar pegado a la tierra!, ¡que esté siempre iluminado por los rayos del divino Sol –Cristo– en la Eucaristía!, ¡que mi vuelo no se interrumpa hasta hallar el descanso de tu Corazón!”.

La referencia concreta a la Eucaristía, el Sacramento –Misterio– por excelencia, es clave en esta descripción de una auténtica vida mística. Junto a ello, las claras alusiones a la necesidad del esfuerzo personal, ordinario pero heroico a la vez (ascética), a la inesperada y radical intervención divina, a la “altura” de esa expe-

riencia mística, a la libertad de que sigue disfrutando el alma (“anda, ¡vuela!”), junto a la total docilidad a la acción divina, etc.: todo ello, aspectos de la mística descritos por los santos y maestros de todos los tiempos.

En definitiva, san Josemaría, coherentemente con su mensaje de apertura de la santidad a todos los cristianos sin excepción, abre también los caminos de la mística: una mística entendida en su sentido más “ordinario”, más común, pero no por eso menos “místico”, menos elevado, profundo y radical. Con su vida y su enseñanza, consigue purificar el concepto de “mística”, de los peligros de un excesivo acento en lo extraordinario o de minuciosas cuestiones de “escuela”, sin quitarle un ápice de su grandeza: la grandeza, nada menos, de una vida de amor, comunión e intimidad con Dios Uno y Trino.

Voces relacionadas: Contemplación; Contemplativos en medio del mundo; Oración; Santidad.

Bibliografía: Manuel BELDA, “Contemplativos en medio del mundo”, *Romana. Boletín de la Prelatura de la Santa Cruz y Opus Dei*, 27 (1998), pp. 326-340; Manuel BELDA - Javier SESÉ, *La “cuestión mística”. Estudio histórico-teológico de una controversia*, Pamplona, EUNSA, 1998; Javier SESÉ, “Mística”, en César IZQUIERDO (dir.) - Jutta BURGRAFF - Félix María AROCENA, *Diccionario de Teología*, Pamplona, EUNSA, 2006, pp. 671-677.

Javier SESÉ

MOLINOVIEJO, CASA DE RETIROS

Molinoviejo es una casa para convivencias y días de retiro espiritual, situada muy cerca de Ortigosa del Monte, un pueblo de la provincia de Segovia (España). San Josemaría tenía un cariño especial por este lugar que le evocaba hechos referentes a su vida interior, y al gobierno e historia del Opus Dei. Molinoviejo fue la primera de un numeroso conjunto de casas para

retiros extendidas por todo el mundo. Un rasgo común de todas estas casas es el tono de hogares de familia que las caracteriza.

Al inicio de los años cuarenta san Josemaría vio la necesidad de que sus hijos, que trabajaban intensamente, pudieran pasar unos días de descanso, a la vez que cuidaban su formación. De modo análogo, sus hijos mayores sentían la responsabilidad de que el Padre descansara. El verano de 1944 se utilizó una casa (Piedralaves, Ávila) que no reunía condiciones.

Un día de la primavera de 1945 José María Hernández Garnica, ya sacerdote, e Ignacio Orbegozo, en un viaje hacia Riaza, pasaron cerca de un pinar muy agradable que rodeaba una casa, situada en la parte inferior de la ladera de una montaña. Era propiedad de unas tías de José María Hernández Garnica. Pararon para saludarlas. La finca estaba cruzada por un arroyo que descendía de la montaña, tenía garantizada el agua y su extensión era suficiente para convertirse en un grato lugar de descanso. San Josemaría fue a visitarla el 7 de abril y le gustó. La casa no era muy grande; podría utilizarse por grupos reducidos. Las propietarias no tuvieron inconveniente en alquilarla y el mismo verano de 1945 comenzaron las primeras actividades. Aquella casa se llamaría Molinoviejo. La atención de todas las tareas domésticas estuvo inicialmente a cargo de Carmen, la hermana de san Josemaría.

El lugar resultaba agradable, aunque tenía muchas deficiencias: carecía de luz eléctrica, los servicios para la higiene eran rudimentarios y abundaban los insectos. Carmen tenía que salir a Ortigosa o a Segovia para hacer las compras. Durante aquellos primeros meses estuvo acompañada de algunas de las mujeres de la Obra, que se hicieron cargo definitivamente de la administración doméstica en la primavera de 1948. Desde el principio habían trabajado intensamente para que todo estuviera lo mejor posible en julio de ese año. Para

Aviso de Copyright

Cada una de las voces que se ofrecen en esta Biblioteca Virtual forma parte del *Diccionario de San Josemaría Escrivá de Balaguer* y son propiedad de la Editorial Monte Carmelo, estando protegidas por las leyes de derecho de autor.